

de marzo de 1948: "Desde los románticos a los modernistas: prosa y teatro".

Ante todo, los novelistas. ¡Al fin aparecen en el escenario americano! Quizá el autor nos haga, a los argentinos, demasiado honor, dándonos tan grande y alto lugar en la novela americana. Claro está que, para ello, cita junto a Echeverría, Sarmiento, Mármol, a "Fray Mocho", a Eduardo Gutiérrez, a Eduardo Wilde...

Pasando a la prosa "severa", cita al historiador Mitre, al literato político Alberti (con "t", se lee). Entre los humanistas y filólogos —es doloroso pero justo— no se cuenta ningún argentino. Los únicos autores de teatro, empero, brevemente estudiados, son dos rioplatenses: José Podestá y Florencio Sánchez. Con lo cual concluye este artículo, no sin antes dejarnos su opinión severa con respecto a esta época: "Avec cet anarchiste convaincu des fatalités biologiques, le théâtre de la Plata termine une époque sombre et cruelle pour les arts, puisque le naturalisme ne débouche, en fin de compte, que sur le néant désespéré. Mais il faut reconnaître qu'il la ferme en beauté".

¿Qué dirá de nuestra literatura moderna y contemporánea este amante de las letras americanas, que escribe y traduce leyendas bolivianas, poesía quechua y de Rubén Darío? Esperemos.

Alfredo Schroeder

PARIS. LA CIUDAD UNIVERSITARIA

CON agrado he recibido la sugestión de volcar en unas líneas mis impresiones de la Ciudad Universitaria de París, en cuyo Pabellón Argentino habité desde fines de 1946 hasta mediados de 1947.

Estando allá, escribí la página que transcribo a continuación, que envié a un amigo porteño deseoso de imágenes parisienses, y que ahora él me ha hecho llegar, sabedor del trance en que me encuentro, pues está de acuerdo conmigo en que nada puede transmitir el "clima" estudiantil francés como unas líneas pergeñadas en la propia Ciudad Luz, que continúa siéndolo, no obstante las reducciones de corriente eléctrica que debe aún soportar.

Quizá alguna consideración sea poco actual, como la que se refiere al estado de la Casa Argentina, por cuya suerte se han interesado ya las autoridades, pero creo que el conjunto lleva la ventaja de no ser una evocación, sino un retrato. Al menos, así veía

yo todo aquello a fines de abril del año pasado, cuando escribí lo que sigue:

"Una nueva primavera ha remozado los jardines de la Ciudad. Al amable ámbito de la Casa Internacional —sede obligada de reuniones oficiales, con sus suntuosos salones, su espléndido teatro, su nutrida biblioteca, sus comedores relucientes— llega la brisa tibia, impregnada de perfumes. Algunos chaparrones, compañeros tardíos del crudísimo invierno pasado, aun cortan inopinadamente los paseos por las avenidas que serpentean entre los enormes pabellones.

Un sol indeciso dora el frontispicio, que, con sus siete arcos de medio punto, enlaza las amplias alas de entrada: de un lado, la clínica médica; del otro, las oficinas y el correo. Y allí, a la derecha, a pocos pasos de ese centro bullente de vida, carretera obligada desde donde, apenas salidos del "Metro", se desparraman los estudiantes, se alza —gran colmena de 75 celdas— la casa de la República Argentina.

La guerra ha dejado en ella sus rastros. Inaugurada el 27 de junio de 1928 por una donación de Otto Sebastián Bemberg, había visto aumentadas y mejoradas sus instalaciones gracias al apoyo de diversas personalidades argentinas. Las tropas invasoras cambiaron bruscamente su destino, y sólo a la buena voluntad y constancia de sus moradores —de los cuales el administrador, M. Collard, ha dado eficaz ejemplo— se debe que actualmente los becarios argentinos en París puedan contar con un albergue que si bien no ha alcanzado aún el esplendor de mejores días —todos coinciden en ponderar la hermosura y hasta el lujo de otrora— se nos antoja muy confortable, en su cálido ambiente de compañerismo, manifestado en forma significativa por los bailes y reuniones periódicas que con éxito creciente se organizan en el salón central, donde, en las horas calmas, se dan cita los lectores al arrullo ronco de la radio, dispensadora perpetua de un tributo de arte desoído y sofocado, las más de las veces, por los corrillos vocingleros donde se zarandean miles de temas y se discute de todo.

Si resultara lícito hablar de abrumadoras minorías, aplicaríamos el término al escaso número de pensionistas argentinos, que no alcanzan a constituir el diez por ciento del total de ocupantes. No hay en ello cargo para nadie, y sólo se debe a la fuerza de las circunstancias el que al presente no sean muchos más los compa-

triotas que se beneficien con las comodidades de este hogar, donde todos —y los hay de muchas razas— se sientan un poco argentinos, y los que lo son realmente, mucho más que de costumbre, acicateados por el recuerdo común, la distancia, y la repercusión que vuestras cosas, aun las mínimas, tienen en este París acogedor y comprensivo, que, como mágica caja de resonancia, capta y armoniza los acordes multísonos del mundo, para reintegrarlos en magnífica siembra de cultura.

Y si es de desear que aumente a corto plazo la cantidad de nuestros estudiantes en esta casa, no lo es menos el que se mantenga un número de extranjeros suficientemente representativo como para no privar al pabellón del espíritu que ha animado a los fundadores de la Ciudad Universitaria: hacer de ella, por sobre todo, un centro de acercamiento intelectual y moral entre las juventudes de todas las naciones.

Así, permitiéndoles vivir una vida en común, en una ciudad concebida y construída para ellos, los fundadores han alentado el propósito de dar a los obreros de esta gran colmena los medios de comprenderse mejor, y de darse cabal cuenta de los vínculos que los unen más allá de las características nacionales, a fin de asociarlos en un esfuerzo generoso hacia la creación de un mundo donde cada uno pueda vivir y trabajar libremente y en paz.

La magnífica realidad que lleva el nombre de Ciudad Universitaria es un anhelo concretado no ha mucho. Tuvo origen en la liberalidad inicial de un gran benefactor de la Universidad de París, don Emilio Deutsch de la Meurthe. El pabellón que lleva su nombre, que ha desempeñado en el desarrollo de la Ciudad el papel de "célula madre", data del 9 de julio de 1925. En la actualidad, la Ciudad cuenta con 19 casas y más de 2.400 habitaciones. Sus dominios, que se extienden cada año, alcanzan una superficie de 40 hectáreas.

Por lo demás, el barrio donde ha sido instalada es uno de los más sanos y pintorescos de París. Frente al hermoso parque de Montsouris, y, gracias al "Metro", a sólo diez minutos de la Sorbona y de los principales centros de estudio, constituye, no obstante el sempiterno bullicio que la anima y aun la marca con su sello estudiantil, una especie de huerto cerrado que, enclavado en las laderas de la gran ciudad, recibe su tributo de cultura, grávido de años, y le aporta continuamente la savia nueva y generosa de las juventudes del mundo."

Gerardo H. Pagés.